

«Nuestros padres fueron creyentes y nosotros hemos sido crédulos»

Llucia Ramis **Escritora.** Publica una novela de tintes biográficos sobre una treintañera obligada por la crisis a volver a la casa familiar

ENTREVISTA

TXANI RODRIGUEZ

Creo que los grandes frustrados de esta crisis son nuestros padres, que deben preguntarse qué hicieron mal», mantiene la mallorquina Llucia Ramis, autora de 'Todo lo que una tarde murió con las bicicletas' (Libros del Asteroide'. En esta novela, que llega tras 'Egosurfing', la protagonista, tras quedarse sin empleo y regresar a casa de sus padres, decide indagar en la historia de su familia. «Saber quiénes fueron mis antepasados no cambiará mi presente ni me ofrecerá ese futuro que echo de menos. Seamos claros: esta es una huida para retrasar el momento en el que tendré que empezar de nuevo», afirma. Cercana a la crónica generacional y con forma de dietario, 'Todo lo que una tarde murió con las bicicletas' convierte en literatura la decepcionante situación por la que atraviesa gran parte de la juventud española. **El libro se abre con una advertencia contundente: «Esto no es una autobiografía».** Toda narración es una reconstrucción, y en este libro hablo tanto de mis recuerdos como de las anécdotas que cuentan mis padres y abuelos, de cómo las relaciones han ido cambiando a través de las generaciones. Por eso no es exactamente una autobiografía. Tengo algunas pistas (lo que veo, lo que intuyo), y a partir de ahí deduzco qué pudo ocurrir. Pero ni tengo pruebas de todo, ni quiero que la realidad se anteponga a la historia que

quiero contar, una historia sobre el desengaño. La narración equilibrada y lineal que parecíamos vivir desde la transición se ha quebrado con la crisis, y pretendo recomponer las piezas para entender lo que ha pasado.

– La narradora es una joven treintañera que, tras quedarse en el paro, se ve obligada a volver a casa de sus padres. Por desgracia, esta situación no es extraordinaria.

– Es terrible. Pertenecemos a una generación que, sin esperar nada concreto, desde luego no se esperaba esto. Nuestros padres creyeron en el progresismo con la misma fe con la que nuestros abuelos creían en la iglesia, y esos son los valores que nos transmitieron: si trabajas y estudias, y eres buena persona, todo irá bien, llegarás lejos. El problema con la fe es que no te la cuestionas. Ellos fueron creyentes y nosotros hemos sido crédulos. Nos educaron para que fuéramos libres e independientes. Y de golpe, tenemos que volver a casa de nuestros padres porque nos hemos quedado sin trabajo y no hay manera de llegar a fin de mes. Es como si tuviéramos veinte años otra vez, pero sin la energía ni la ingenuidad de entonces, y con la angustia de que se nos agota el tiempo.

– En ese punto, sin pareja, sin hijos, sin empleo, decide indagar en la historia de sus antepasados. ¿Por qué?

– Porque a falta de un futuro, la narradora cree que el único modo de entender lo que ha ocurrido es echando la vista atrás. ¿Qué ha fallado? ¿Cuándo falló? Saber quiénes

«Es como si tuviéramos 20 años otra vez, pero con la angustia de que se nos acaba el tiempo»

fueron sus antepasados no le solucionará la vida, pero por lo menos no se consumirá preguntándose cómo puede salir de la situación en la que se encuentra. Este viaje al pasado es evasión, no solución.

Bajo el techo

– Por los agradecimientos sabemos que usted se instaló durante un tiempo en la antigua casa familiar de Asturias. ¿Cómo fue la experiencia?

– Allí siguen veraneando algunos primos de mi madre, que llegan cada agosto desde Bélgica y se quedan solo ese mes. La casa se está cayendo literalmente a trozos porque no hay dinero para arreglarla y, sin embargo, se mueven por sus habitaciones con la familiaridad propia de haber vivido en ella cuando eran pequeños, como si no pudiera derrumbarse sobre sus cabezas. Fui hace un par de veranos. Su falta de temor me tranquilizaba; desconchones en las paredes, boquetes en el techo... Un equilibrio imposible. La casa es preciosa y decadente, y pensé que era una buena metáfora de este país: nos movemos familiarmente entre las chapuzas que se han ido acumulando durante décadas y nos consolamos pensando que todo tiende a aguantarse, sin miedo a que se nos caiga la casa encima.

– En Asturias un archivero le mostró la plantilla de una carta que usaban muchos mineros para pedir matrimonio a sus novias.

– Mientras estaba allí descubrí que hace once o doce años la compañía minera contrató a un archivero para que destruyera los documentos que considerara inservibles. Él encontró que, en viejas cajas de zinc que no se habían abierto, había cartas que mi tatarabuelo belga le escribía a su mujer en 1833. Es decir, que en aquellas cajas tan feas se guardaba toda la versión oficial de mi



La autora mallorquina Llucia Ramis.

© VICENS GIMÉNEZ

familia desde que llegaron a Asturias. En lugar de destruirlos, aquel archivero se puso a clasificar todos esos papeles. Todavía no ha acabado. Me enseñó una plantilla que utilizaban los mineros que querían casarse y no sabían escribir. Empieza diciendo: «Mi amor vaya en delirio; el benévolo corazón de usted me rindió su amistad...» ¿Te imaginas cuántos asturianos nacieron gracias a esta carta? Tanto mineros enviando aquella misma carta a tantas mujeres que tampoco sabían leer, e irían todas al mismo cura para que lo hiciera por ellas, y aquel cura ya se sabría la carta de memoria, pero tendría que fingir sorpresa cada vez... **– Sus ascendientes maternos son belgas y los paternos mallorquines. Encontramos, al leer esta novela, diferencias notables entre ambas ramas.**

– Aunque la compañía minera pertenecía a su familia desde el siglo XIX, mis abuelos belgas llegaron a Asturias en los años cincuenta, en plena

posguerra. No sabían ni una palabra de castellano. Eran burgueses, vivían al margen de la realidad social de la época. Luego se trasladaron a un barrio residencial en Madrid. En 1983 despidieron a mi abuelo y su vida de lujo se fue al traste, pero parecieron no darse cuenta. Mi familia mallorquina es más tradicional. Mi abuelo, hijo de republicano, era director de un colegio y creía que con Franco no se vivía tan mal. Mi abuela tiene 93 años, fuma tanto como habla, y habla sin parar. Es la matriarca de la familia. **– En la novela están muy presentes las relaciones paterno-filiales, tan complicadas, a menudo.**

– Sí, y los cambios de unas generaciones a otras. Si antes eran piramidales, ahora han pasado a ser horizontales, de tú a tú, lo que no implica que sean más sencillas. Existe un código común, un lenguaje propio por el que unos se entienden mejor que otros. Por ejemplo, el padre de la narradora discute mucho, es su ma-

nera de expresarse; en cambio, aunque sea una relación aparentemente más afable y sin enfrentamientos, la relación que la narradora tiene con su madre es más fría. No significa que se quieran menos, sino que no han encontrado el modo de comunicarse. Con la madre habla en castellano y con el padre, en catalán. El uso de las lenguas es importante en la novela, también el francés y las palabras que se derivan de ese léxico familiar que las combina.

– En su relato asistimos a las típicas discusiones sobre política entre padres e hijos, pero parece que el desencanto generalizado ha rebajado el tono de los enfrentamientos, ¿verdad?

– Desde que tengo uso de razón, mi padre ha discutido con su madre por cuestiones políticas. Ahora están tan desengañados que se han puesto de acuerdo en que todos los políticos son una pandilla de corruptos, tanto da de qué partido sean. Y ya no discuten.